

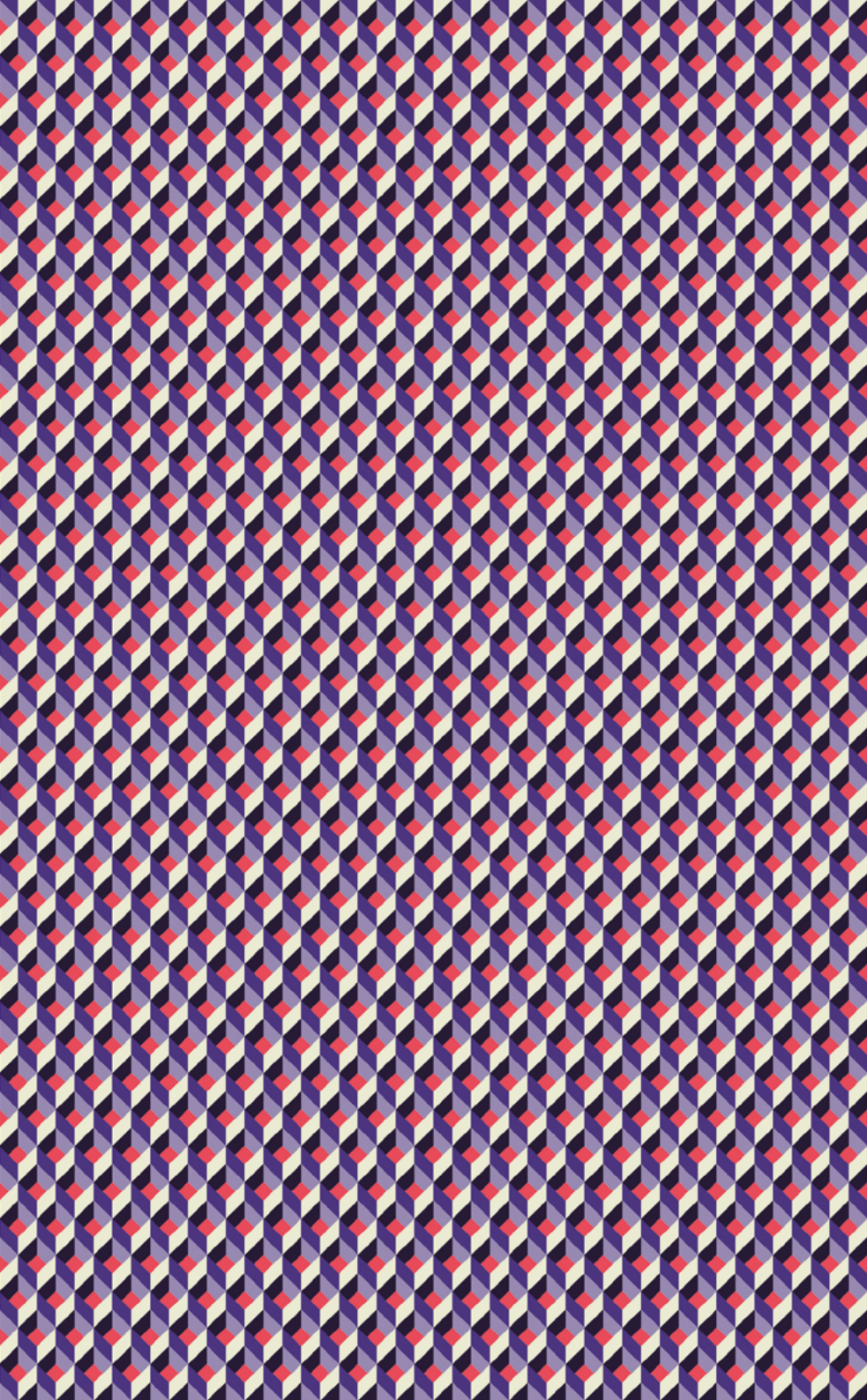
FABIÁN KON

UN SABOR DELICIOSO

SERIE ZENOBIA

CULTUR**e**BOOKS

RELATOS
CORTOS



FABIÁN KON

UN SABOR DELICIOSO



VI CERTAMEN NACIONAL
DE RELATOS CORTOS

ZENOBIA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: octubre 2013

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Fabián Kon

Colección: **CULTUR**

Serie: **ZENOBIA** / N°: 7

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H 45-2014

ISBN papel: 978-84-18280-75-7

ISBN Ebook: 978-84-18280-59-7

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.



EBOOK



Citar el libro



Navegar por marcadores e hipervínculos



Realizar notas y búsquedas internas



Volver al índice pulsando el pie de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de klik



Suscríbete
a nuestras
novedades



Arrodillado en el pasto, Martín veía cómo el sable láser de Darth Vader partía al medio a Obi-Wan. A un costado, el pobre R2-D2 estaba de cabeza en la tierra. Y Chewbacca temblaba enojado, queriendo defenderlo al maestro Jedi.

—¡Chewie! —gritó Martín haciendo planear al simio por encima de Anakin Skywalker, que era como se llamaba de verdad Darth Vader—. ¡Chewbacca, el más poderoso! —volvió a dejar el muñeco en el pasto—. ¡Martín vence a los monstruos! —y con el camión verde de la basura les pasó por encima a los muñecos.

A Martín le gustaba jugar en el jardín de adelante. Se sentía seguro detrás de la reja.

Y más ahora: el perro del vecino pasaba por la vereda otra vez.

La bestia se detuvo y lo perforó con los ojos. La baba le colgaba de la boca, y se le veían esos colmillos filosos como espadas.

Me quiere tragar mal, pensó Martín. Me quiere tragar como en Jurassic Park. Paralizado, apunto de llamar a su mamá, la bestia desapareció.

Odiaba a ese animal maldito. A veces los otros chicos del pueblo jugaban a la pelota en la vereda, pero él nunca se atrevía: la bestia aprovecharía para abrirle la panza y arañarle los ojos y tragárselo entero. Cómo lo odiaba.

Se sentó y armó una ronda con los muñecos Levantó la vista cuando oyó esa familiar voz de corneta. Por la vereda, la vieja caminaba adelante de su esposo, con la bolsa de las compras colgada del brazo. Don Arcadio la seguía, encorvado y lento. Martín lo estudió. Una tortuga, pensó. Una tortuga vieja y podrida.

—Si vos trabajaras —dijo la vieja—, si tuvieras alguna changa, podríamos vivir mejor. Pero mirate: sos una piltrafa.

La bruja malvada, pensó Martín recordando un cuento que le leía su madre. Seguro que le da brebajes a don Arcadio, para convertirlo en una tortuga podrida. Cada día camina más despacito, más arrugado.

—Hola, Martincito —dijo la vieja con esa sonrisa de víbora—. ¿Cómo estás? Mandale cariños a tu mamá.

Martín asintió con la cabeza y saludó con la manito. Ni loco se acercaría a esa bruja apestosa, y menos le hablaría. Podría robarle la voz y dejarlo mudo, como hizo Úrsula con la pobre Sirenita.

Los viejos se alejaron hacia el centro, y Chewie saltó y cayó parado sobre el camión verde.

—Querido —dijo su mamá asomada con la puerta entreabierta—, entrá a bañarte. Juntá todo y no dejes nada tirado.

Martín metió los juguetes en el canasto de la cocina.

—Ya te llené la bañadera. Cuando estés enjabonado me llamás. Como siempre.

—Mami —dijo Martín mientras ella lo frotaba con el toallón—, hoy pasó la bruja con don Arcadio.

—Otra vez con eso, nene. Ya te dije que la señora Amalia no es una bruja.

La madre lo levantó en brazos y lo llevó al dormitorio. Martín no parecía muy convencido.

—Mami —insistió—, don Arcadio se está convirtiendo en tortuga podrida. ¿Lo viste?

—Sí, pobre, se puso viejito.

—No, mamá. Ella es mala y le prepara un brebaje. Además, siempre lo reta por la calle. Es requetemala, mamá.

—Ay, nene... Bueno, acá tenés la ropa. No te pongas la remera al revés. Es la nueva, viste.

La que te regaló la tía.

—Seguro que la bruja mezcla los brebajes en una cacerola grande que tira humo de colores. El humo llega hasta el cielo y mata a un montón de angelitos.

—Vístete, nene. Y no te pongas a jugar, que ya llega papá, y vamos a comer.

La ambulancia estacionó enfrente. Martín dejó caer a Darth Vader al piso.

Justo frente a la casa de la bruja, pensó. La vieja se debe haber tragado sus propios brebajes.

De pie, siguió cada movimiento: el hombre vestido de blanco sacó de la ambulancia una camilla con ruedas, la subió a la vereda y tocó el timbre.

Sí, venían a la casa de la bruja.

Al rato se abrió la puerta, y el mismo hombre salió empujando la camilla.

Martín notó que había un bulto encima: un cuerpo envuelto con una sábana, bien apretado como un matambre. A punto de llorar, no pudo contener el grito al llamar a su mamá.

—¡Martín, qué pasa! —dijo la madre asomándose al jardín—. Me asustaste.

Él señaló la ambulancia. Ya entraban la camilla por la puerta trasera, cuando la bruja salió a la vereda. Lloraba y se frotaba los ojos. Martín se aferró a la pierna de su madre.

—Mami, ¿es don Arcadio?

—Sí, nene. Falleció esta mañana. Ya está con Dios.

—Mami, te dije... ¡Te dije que lo iba a matar!

La madre lo agarró del brazo y lo metió en la casa.

—Martín, no digas esas cosas. Es una falta de respeto.

Lo que menos le gustaba era eso: que lo llevaran de compras. Qué aburrido, la madre se la pasaría charlando con todas las chusmas del barrio. Nunca faltaba alguna asquerosa que lo ensuciara con besos. Y encima lo retaban si se limpiaba la cara con la manga.

—Hola, querida —oía Martín una y otra vez

—. Qué grande está el nene. Es un hombrecito —le decían entre besos y caricias que lo engrasaban, que lo despeinaban.

—Cómo está, Amalia —dijo la madre, y Martín se sobresaltó cuando la bruja le estampó un beso pinchado, de ésos con bigote como anchoa.

—Acá andamos. Tratando de seguir adelante.

—Todo pasa, doña Amalia —dijo la madre—. El tiempo cura todos los males.

—Qué remedio queda, en fin... Pero la vida continúa.

La madre tosió antes de hablar.

—Menos mal que nos encontramos —dijo—

necesitaba pedirle un favor. Tengo que cuidar a mi hermana por unos días. Se opera de la columna

la pobrecita. Y necesito dejarle a Martín un rato a la tarde. Si no es demasiada molestia... Martín le apretó la mano, y la madre le devolvió una de esas miradas de enojo.

—Sí, vecina —dijo la bruja clavándole los ojos a Martín y amagando a “acariciarlo” de nuevo—. No es ninguna molestia. Además el nene es una monadita.

—Mami, no quiero ir.

—Son dos o tres días, nada más. Te quedás un ratito a la tarde en la casa de enfrente. No es para tanto.

—¿Y si me da brebajes? Seguro que le pone cola de serpiente y ojos de lechuza, mezclado con escarabajos y hormigas. Un asco mal.

—La tía se va a poner bien enseguida, vas a ver.

—Las brujas a veces se disfrazan de señoras buenas.

—Ay, nene... Qué imaginación tenés. No te voy a leer más cuentos. Doña Amalia es una buena mujer. Es una viuda, sabés. Y la tenés que respetar.

—¿Qué es una viuda, mamá?

—Una viuda es alguien que tenés que respetar. ¡Y basta!

La bruja lo recibió con el beso más inmundo, un olor a comida de perro y puchos apagados. Entraron al living, y Martín se sorprendió con ese televisor. Gigante y requetefinito, pensó, como un cine. Nunca había visto algo así, salvo en las pelis.

—Acá tenés el control, tomá.

—¿Cómo se pasan los canales?

—Con esta flechita, ¿ves? Vas subiendo y bajando. ¿Te gusta el Nesquik? El del sabor delicioso, como dice la propaganda.

Martín no le prestó mucha atención a lo que le

había dicho la bruja, pero no le importó. Se acomodó en el sillón y apuntó con el control a la pantalla. De reojo espío a la vieja, que ahora se metía en la cocina.

Desde su trono, Martín pasaba de un canal a otro. ¡Cinco canales de dibujos! ¡Seis! Respiró hondo y sonrió: era poderoso como el rey del mar con el tridente.

Pero ya no lo preocupaba la señora Amalia.

Nada que ver con Úrsula.

Arrodillado en la cocina de su casa, Martín alineó los soldados contra el zócalo y arrastró el tanque de guerra para aplastarlos.

Miró el reloj otra vez: el tiempo no pasaba y no pasaba. No veía la hora de volver a la casa de enfrente.

A eso de las tres de la tarde, dijo mamá que lo llevaría. Qué bien la había pasado el día anterior. Pero tuvo que soportar otro beso y que le refregara el pelo con esa mano de lija.

—Hola, Martín. ¿Quieres ver la tele? En un rato te preparo el Nesquik.

Descubrió un canal con animales de la selva. Los leones se comían a las gacelas, pero se las comían de verdad y todo.

—¡Martín! —gritó doña Amalia desde su habitación—. Mirá esto. Te va a gustar.

Le molestaba que lo interrumpieran. Los mayores siempre te llaman cuando estás más divertido, pensó. Pero debía obedecer.

Entró en el dormitorio.

Ella lo estaba esperando al lado de la ventana, sentada frente a un escritorio. Martín fijó la vista en la pantalla de la computadora, mucho más chiquita que la del papá.

—Fíjate —dijo la vieja señalando la pantalla—. Es una tarjeta de cumpleaños. Si apretás acá con el mouse, el oso te da un paquete con un moño. ¿Ves?

Martín agarró el mouse.

—Acá —dijo la vieja—. Ésta es la tecla del mouse. Sentate. Muy bien. Apretás con el dedito, y el paquete se abre.

Su papá nunca lo había dejado acercarse a la computadora. Sin entender por qué, el corazón se le aceleró.

—¿Te gustan los juegos? —dijo ella—. En el sitio de Cartoon Network hay unos muy lindos.

En minutos, Martín se sacudía en la silla, deslizando el mouse para guiar el trineo de Scooby-Doo, que bajaba por una pista de esquí. Scooby esquivaba árboles y recogía manzanitas que le sumaban vidas.

—¿Te gusta? —dijo la vieja—. Cuando termines, vení al living. —Y agregó, con una sonrisa—: El Nesquik está listo.

Al día siguiente, Martín no despegaba los ojos del reloj. El sueño de Scooby-Doo lo había despertado varias veces durante la noche. Sus juguetes ya le parecían para bebés tontos.

Cuando la madre lo cruzó a la casa de doña Amalia, el beso de la vieja no le resultó tan asqueroso.

—¿Cómo estás, Martincito? En un rato te dejo la computadora.

—Gracias, señora Amalia.

Un rato después, doña Amalia lo sentó al escritorio y le sirvió su taza de Nesquik.

—¿Te gustan los juguetes de la compu?

—Sí, me encantan, es mejor que jugar a la pelota.



Mucho más divertido. Además el perro del vecino no me asusta.

—¿Quién te asusta? ¿El doberman de los Valdivieso?

—Sí, es remalo.

—Qué barbaridad, asusta a todo el mundo.

—Me mira como un lobo muerto de hambre. Me quiere comer.

Doña Amalia, pensativa, hizo una pausa. Y dijo, con un tono feo:

—Quedate tranquilo, pibe, que yo te voy a ayudar.

—¿Cómo me va a ayudar, doña Amalia?

No bien dijo eso, Martín se arrepintió. Notaba algo distinto en los gestos de la mujer.

—Le voy a dar algo para que coma. Algo que le guste mucho.

—¿Algo que le guste? —Martín casi se atraganta, y eso que no había comido nada.

—Sí, pero adentro le voy a poner un remedio. Vas a ver que cada día va a caminar más despacio.

—¿Cómo una tortuga vieja? —dijo Martín tratando de contener el llanto.

—Cada vez más despacito. Hasta que un día no lo vas a ver más.

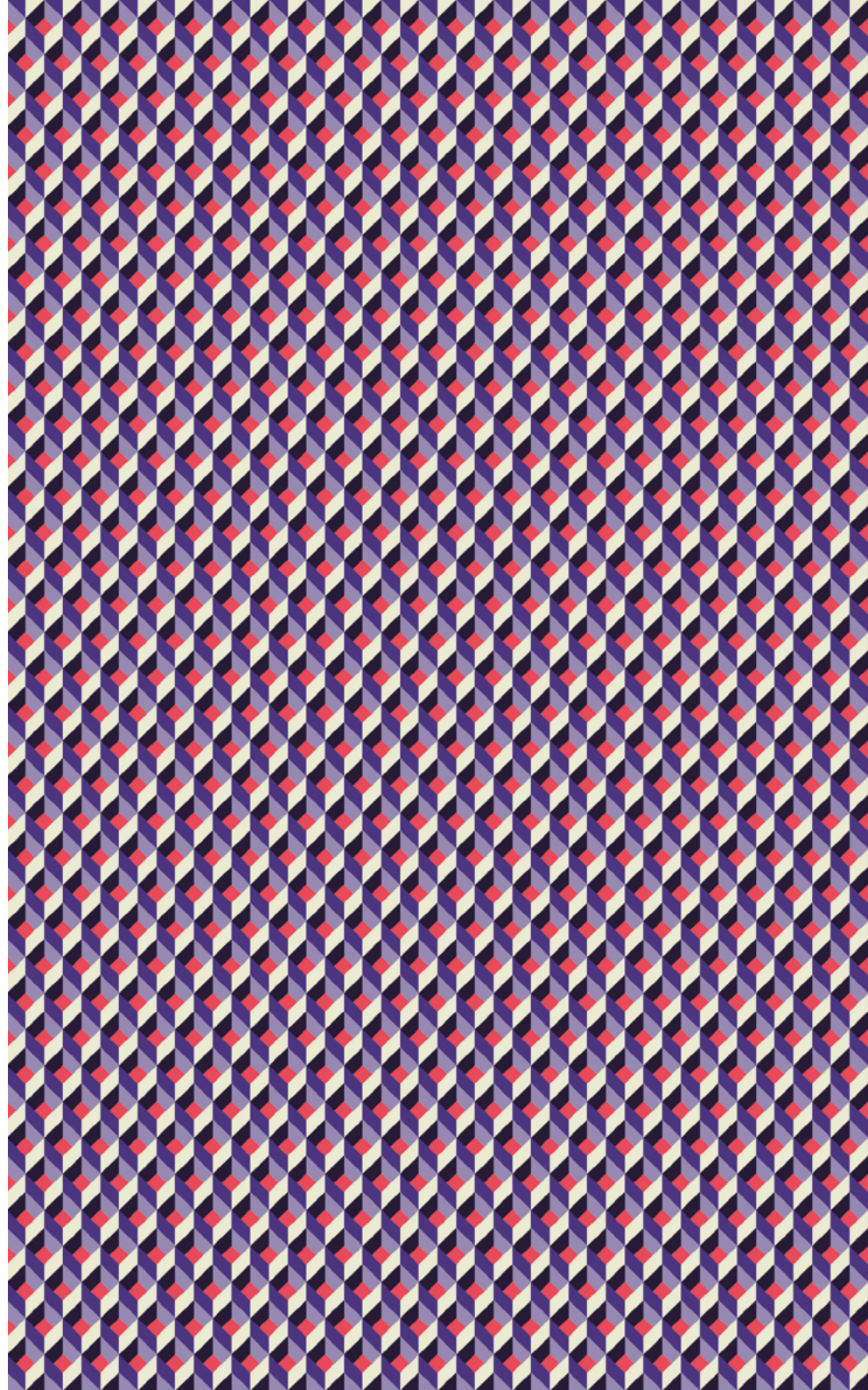
Martín asintió. Trató de concentrarse en el juego, pero giraba la cabeza hacia la puerta de calle, deseando que su mamá tocara el timbre.

—¿No tomás la leche? —le dijo la vieja.

—No. Me duele la pancita, ¿vió?

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 30 DE OCTUBRE
DE 2007, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
ZENOBIA

CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS **ZENOBIA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**